

“Brown, el hombre...”

INSTITUTO NACIONAL BROWNIANO / 1997



Almirante Guillermo Brown

*Reproducción de una litografía de Desmadryl, 1857
En Galería de Celebridades Argentinas*

El Instituto Nacional Browniano hace llegar a docentes y alumnos de nuestras escuelas, esta segunda edición de una apretada síntesis de una visión de la vida de un hombre argentino, un argentino por razonada decisión propia, lo que toma mayor importancia en momentos en que hay tantos nacidos en nuestra tierra que buscan vellocinos de oro en otros lugares, echando al olvido que con la Patria tenemos más obligaciones que derechos, que al ver lo que tenemos mal, no debemos tomar más camino que el luchar hasta mejorarlo. Así lo hicieron nuestro mayores, así lo hizo este hombre: Guillermo Brown...

Casa Amarilla, abril de 1997

Instituto Browniano

Es común encontrarlos con biografías de hombres con cierto desempeño público que se circunscriben a la narrativa de sólo sus hechos notorios, dejando de lado lo vital de la persona, cual son sus rasgos íntimos y hasta privados.

Trataremos de no hacer otro panegírico de nuestro héroe, de alejarnos de la frialdad del bronce o de la piedra estatuaria para bucear en su larga y accidentada vida y mostrar, simplemente, su perfil humano.

* * *

Las raíces de nuestro hombre son modestas y su apellido -Brown- tan común en Irlanda y Escocia, como los Pérez o García en España o en nuestra patria. Nació en hogar labriego, humilde y católico, en un pueblito de la Irlanda sojuzgada por el opresor británico, en junio de 1777 y en día no precisado en formal documento -aunque apreciado en el 22 de ese mes- ya que todos los archivos regionales fueron quemados durante las guerras de su patria natal, al punto de ser desconocidos los nombres de pila de sus progenitores y el apellido materno.

Los flagelos de la Irlanda de esa época: persecución religiosa, hambre y pobreza llevaron a la separación del grupo familiar, encaminando al niño y a su padre hacia una América soñada como ubérrima, pero en la realidad con la dureza y los dolores propios del nacimiento a la vida independiente.

Así el viejo Labrador arribó a Filadelfia, Estados Unidos de América, donde Guillermo apenas salido de su niñez quedó huérfano al morir su padre de fiebre amarilla. Como lo marca la tradición oral, debió entonces el adolescente Brown, embarcar de grumete o paje en un buque mercante yanqui, iniciando así su carrera naval.

Estos pocos conocimientos de su niñez y adolescencia fueron narrados por el propio almirante en su vejez al primero y más serio de sus biógrafos Don José Tomás Guido- pero nunca avanzó en su relato más allá de lo escueto de estas simples y trucas referencias, quizá prueba de olvido intencional de una etapa triste de su historia, que no quiso legarnos.

A fines del siglo XVIII lo hallamos ya en forma documentada como capitán de un buque mercante inglés, capturado por los franceses durante las guerras entre ambas naciones, lo que nos permite comenzar a seguir su vida por medios más sólidos y ciertos.

Prisionero en Francia, llevado a Metz donde intentó una fuga que fracasó, pasado a Verdún, lo halló allí otro capitán inglés, también prisionero, Seacome Ellison, futuro vecino notorio de Buenos Aires, quien en 1838 publicó en Londres un libro que lo describió en esa situación:

"Durante mi confinamiento en la Ciudadela me relacioné con B-, que luego habría de ser el famoso almirante de Buenos Aires. Estaba lleno de dinero cuando arribó a prisión, todo el cual perdió. Pidió entonces prestado a los banqueros. Cuando llegué al lugar había vuelto a perder su última apuesta y

Instituto Browniano

sentado en una mesa en el fondo del cuarto, golpeando sus talones, era la real personificación del desaliento".

Tras narrar este aspecto de la vida de Brown en prisión, dominado por la pasión del juego, en las páginas siguientes del mismo libro, se narra su espectacular fuga de la cárcel de alta seguridad de Verdún y su pasaje a Alemania, achacando su vicio anterior a los tres años de prisión y ocio, sufridos en condiciones de extrema dureza.

Evadido de Francia en 1804, regresó a Inglaterra y al mar, con posibles aunque no fehacientemente probados servicios en la Armada Real británica, entre esa fecha y 1808.

Se casó el 29 de julio de 1809 en la Parroquia de la Iglesia Anglicana de Saint George in the East, condado de Middlesex, Londres, sobre las actuales calles Cannon St. Road y Cable St., con Eliza Chitty quien en su testamento dijo al respecto que eran "...de clase que cuando contrajimos matrimonio, ninguno de los cónyuges introdujimos más que la decencia de su persona..." Acto éste que no lo sacó de la profesión de marino, ya que lo hallamos ese mismo año en la marina mercante inglesa, como master (capitán) de las fragatas inglesas Belmond y Jane en viajes a Sudamérica, incluyendo el Río de la Plata, llevando a su bordo a su esposa. Habría estado en Buenos Aires en 1809 y en mayo de 1810 hasta fines de ese año.

En octubre de, 1811 regresó al Plata como capitán del bergantín mercante de bandera inglesa Eliza, que anteriormente había sido el corsario francés Grand Napoleón y del que era propietario un tercio. El Eliza naufragó en la Ensenada de Barragán, "por causa del piloto", como dirá en 1854 ya almirante, celoso de su fama de marino.

Hagamos un paréntesis para mostrar al recién llegado, por ser éste un hito en su vida, definitorio para su afincamiento en nuestro suelo. Tiene entonces 34 años muy vividos. Una cultura superior a la media; escribe un fluido y correcto inglés y posee caligrafía cultivada, todo lo que lo aleja de ser "un rudo hombre de mar". Ha dejado en Inglaterra a una familia constituida: su mujer y su hija Elisa, nacida el 30 de octubre de 1810. Su esposa grávida tendrá su segundo hijo -Guillermo- el 13 de febrero de 1812.

El Buenos Aires al que llega se halla en tratativas de paz con Montevideo y logrará un breve armisticio -el tratado de la Concordia- de muy corta vida, hechos éstos que tendrán suma importancia en su futuro.

Consiguió salvar la carga del Eliza que consistía en armas de guerra y municiones y la vendió al estado porteño, pero las circunstancias lo han dejado en el peor estado para un marino: en tierra extraña y sin buque, situación idéntica a la del caudillo argentino que expusiera la suya tan gráficamente, al inquerírsele como se hallaba: "En Chile y de a pié..."

Instituto Browniano

Su aspecto de entonces era el que detallara Don Vicente López y Planes algunos años después -y sobre el que volveremos- representado en la miniatura sobre marfil, en gran uniforme, pintado por Hervé, hoy exhibida en el Museo Histórico Nacional en la ciudad de Buenos Aires.

Con el producido de la venta de la carga y del naufragado Eliza, más la conexión con comerciantes patricios, muy probablemente los Alzaga siempre ligados a su vida, entre noviembre de 1811 y marzo de 1812 realizó un viaje comercial con una tropa de carretas, vendiendo muy bien sus efectos en las Provincias, pasó a Chile por la Cordillera y allí liquidó el resto de los mismos. De vuelta en Buenos Aires, fue parte de un suceso policial, que habla de la buena rentabilidad del viaje.

Lo encontramos preso en el Regimiento de Patricios en abril de 1812, por ser hallado enterrando dinero metálico en la costa del río en proximidades de la Recoleta, con evidente intención de su posterior extracción de] país (delito punido por la ley vigente entonces). Fue liberado por la intervención del comodoro británico en el Plata -capitán de navío Peter B. Green- y la gracia acordada por la autoridad local.

Creemos necesario ahondar en el hecho cometido, y nada mejor que sus palabras para ello. Dijo en su carta del 16 de abril al capitán Green, escrita desde su prisión:

El motivo que me instaba a pasar por ese destino era el entierro de unos 500 pesos, que había mandado por mi criado y un negro y que iba a efectuar en algún lugar seguro de la playa por el camino de San Isidro, para quedar allí hasta que se me presentara la oportunidad de un buque mercante que los condujera a mí mujer y mi familia en Inglaterra, a fin que participara conmigo una parte de lo que, con tanto trabajo he ganado... Motivos de necesidad me obligaron a tal acto y apelo en consecuencia a sus humanos sentimientos para la restauración de mis caballos y monturas..."

El capitán Green recogió su pedido, y al elevarlos al gobierno remarcó el tema de la cuestión: "... creo que si hubieran ofrecido medios más legales de embarcar su dinero, no habría cometido esa falta" y agregó en acertada predicción: "...y estoy seguro que la conducta futura de Mr. Brown proveerá los méritos para la clemencia que Ud. tendrá con el."

La forma por la que dispuso el envío de ese dinero a Europa para traer a su familia lo desconocemos, pero el hecho del arribo de ésta al Plata en febrero de 1813 demuestra su logro.

En libertad, no reaccionó contra la joven Nación en que se hallaba. Lejos de ello, decidió la definitiva radicación familiar aquí. El 23 de junio de 1813 compró un terreno perteneciente al Presbítero Don José Ramón Grella, de 350 varas de frente por 305 varas de fondo en \$ 1.600, de los que abonó en efectivo \$ 1.000 y el resto con una obligación a levantar en seis meses y edificó en él su hogar de Barracas. Adquirió la goleta Industria el 8 de septiembre de igual año, e inició con ella su profesión de naviero del Plata, llamando a su lado a su mujer e hijos e instalándose en la "Casa Amarilla", por él siempre llamada su "kinta" barraqueña.

Abonó impuestos. Pagó tasas portuarias y aduaneras. Contribuyó con su aporte a diversos actos patrióticos que registró la Gazeta de Buenos Aires: colaboró en la compra de caballos para el Ejército, donó veinte onzas de oro para las viudas de la batalla de Salta, hizo aportes para la compra de libros para la Biblioteca. Se convirtió en un vecino más del Buenos Aires pos revolucionario de Mayo, afincado en ella y con bienes inmuebles propios, pero sin dejar por esto de ser un acabado hijo de la "Verde Erín", irlandés y no inglés como suelen confundirlo.

Entre junio de 1812 y enero de 1814 adquirió otros terrenos frente a su quinta y construyó un depósito para los frutos del país con los que comerciaba. En enero de 1814 también compró una estanzuela en la Colonia del Sacramento de la Banda Oriental, origen de las inversiones del Almirante en esa zona, proseguidas durante toda su vida, como lo hacen hoy muchos de sus descendientes, afincados definitivamente en esa orilla.

Aquí nacieron otros cuatro hijos suyos, tres varones y una mujer, muertos prematuramente dos de los primeros. Sufrirá penas y glorias, estados de depresión suma y picos de la mayor popularidad, y fallecerá el 3 de marzo de 1857, a los ochenta años, rodeado del afecto y la consideración ciudadanas. Mas no nos anticipemos a los hechos y sigamos revisando su vida.

Brown, naviero del Plata

A principios de 1813 operaba Brown un grupo de embarcaciones de su propiedad, que dedicaba con regular éxito al cabotaje en el Plata y sus afluentes, con eventuales viajes a puertos de la costa brasileña, utilizando matrícula y pabellón inglés en ellas, para cubrir naves y cargas de los riesgos de la guerra con España, representada en la región por el Apostadero Naval de Montevideo, que ejercía el dominio marítimo-fluvial local.

A su mando, o al de sus capitanes subordinados, las Industria, Hope (Esperanza), Amistad y Unión realizaron numerosos viajes como cargueros o alije de buques de ultramar en las balizas exteriores del Plata, servicio de paquetes a la Colonia y Montevideo y viajes no regulares a Río de Janeiro, Santos y Río Grande do Sul. Destacamos los nombres de sus embarcaciones, pues en nuestra opinión no fueron elegidos al azar, pues ellos definen conceptos que siempre rigieron su conducta. Las tareas mencionadas -cumplidas en gran parte personalmente por Brown hicieron del futuro almirante un baqueano conocedor de los bancos y bajo fondos de nuestro cambiante río y lo convirtieron en hábil navegante en él, en una época en que la carencia de cartas náuticas confiables, daban un gran valor a la baquía del hombre marino.

Fue también su desempeño como naviero el determinante en su toma de las armas contra España, al ser sus embarcaciones atacadas por los marinos de Montevideo e inclusive apresada una de ellas. Solicitó entonces y obtuvo -1813- autorización para actuar en su defensa, armó en corso a dos de sus

buques y apresó a dos del oponente, al par que intentó, sin éxito, capturar un navío de guerra español frente a la Colonia (el keche Hiena).

Su táctica de entonces la describe el Jefe Militar de la Colonia del Sacramento, Blas José Pico, en carta al Director Supremo diciendo: "... la goleta de Brown, según me ha dicho éste, abordará cualquier buque que se le presente encontrándolo solo y si no con buenos pies eludirá el batirse..."

Brown, al servicio naval de Buenos Aires

El 1º de marzo de 1814, un decreto del Director Don Gervasio Antonio Posadas dispuso que "atendiendo a los méritos y servicios de Don Guillermo Brown, he venido a conferirle el empleo de Teniente Coronel de Ejército y Comandante de la Marina del Estado..." No obstante existen documentos que prueban servicios fehacientes desde el 15 de enero de ese año y aún anteriores a esta fecha, ya que desde entonces se encuentran las constancias documentales de pagos de sueldos de Teniente Coronel que se le efectuaran.

Es claro que existieron dos candidatos para el cargo: el propio Brown y el norteamericano Benjamín Franklyn Seaver, éste último propuesto por Guillermo Pío White, capitalista y armador de la Escuadra del 814 y su socio comercial en algunos negocios. La documentación disponible en archivo no permite conocer las razones de su designación sobre la persona de Seaver. Lo acertado de la medida a la luz de los resultados hizo que varios de nuestros próceres o personajes de pro se asignaran la idea en sus Memorias (Alvear entre ellos), siendo imposible hoy abrir juicio al respecto.

En un documento de fecha 22 de enero de 1814, Brown había escrito al Ministro de Estado D. Juan Larrea, que declinaba "el placer de servir al Gobierno, aduciendo haberse esparcido la noticia que lo calificaba como "hombre de pelea", lo que de llegar a oídos de su mujer "en avanzado estado de gravidez", hacía debiera adoptar esa actitud, por así exigirlo "la paz y las lágrimas de mi familia". Y agregaba con real humildad: "Hombres tanto o más capaces que yo pueden hallarse en Buenos Aires". Ese hijo suyo murió a poco de nacer y sin bautizar y quizá por ese motivo aceptó el 1º de marzo el mando de la Escuadra. Tuvo así Brown su primer dolor de padre, que desafortunadamente no sería el último.

Brown, al mando de la Escuadra formada por Larrea, White, la Comandancia General de Marina y sus dos dependencias (la Capitanía de Puertos y la Comisaría General de Marina), en sólo noventa días de operaciones finalizó con el dominio naval hispano en el Río de la Plata y sus afluentes, haciendo posible la caída de Montevideo al cerrar su cerco por mar, acción de nuestras armas que el Libertador, General D. José de San Martín calificó "como el hecho mas grande de la Revolución a la fecha" y que Monteagudo comparó, en su momento, a la Campaña del Ejército de Los Andes.

Brown, guerrero de la Independencia

La caída del Triunvirato y su reemplazo por el Directorio variaron la estrategia del asedio de Montevideo, pasando de exclusivamente terrestre a serlo en forma conjunta con lo naval. Fue así que Buenos Aires reforzó al Ejército Sitiador y creó una Escuadra con capacidad para enfrentar a la de la Armada Real apostada en ese puerto.

Veinte unidades de variado poder se incorporaron gradualmente a nuestra Armada y al comando del teniente coronel de Marina Don Guillermo Brown, iniciaron sus operaciones en los primeros días de marzo de 1814. Cualquier comparación de esta fuerza con la del oponente carece de significado. De poco sirve detallar el número de hombres, buques y cañones, si al hacerlo no tenemos en cuenta que aquella era parte importante de una de las armadas más antiguas y poderosas del mundo de entonces y que la nuestra no existía dos meses antes de su primer combate, que lo que llegó al mismo era un conjunto de buques mercantes, los únicos en ese momento disponibles en el Puerto de Buenos Aires, comprados, artillados y tripulados por los pocos marinos que se encontraban en esta ribera.

Cuánto esfuerzo, desvelo, dedicación e imaginación, experiencia y decisión deben haber sido aplicados por Brown y sus comandantes subordinados para transformar en tiempo tan asombroso por lo corto, a un conjunto humano de distintos niveles marinos, idiomas y extracción, en los vencedores de la homogénea, compacta y esmeradamente adiestrada Escuadra realista.

Brown al comando de un puñado de sus buques iniciales, tuvo por su primer objetivo la toma de la isla de Martín García, llave de los ríos Paraná y Uruguay, donde existía una regular batería terrestre, fuerzas de infantería y una división naval al comando del capitán de navío D. Jacinto de Romarate protegiéndola en las aguas.

Atacó la isla el 11 de marzo; a poco de iniciado el combate, su nave capitana -la Hércules- varó y recibió en esta difícil situación el fuego cruzado español, con bajas y daños de consideración, que lo obligaron al día siguiente a retirarse para curar a sus heridos y obturar las entradas de agua de su casco, cuando al crecer la marea y zafar de su comprometida situación consiguió salir al canal. Reparada y con el refuerzo de 350 infantes recibidos de la Colonia, volvió a atacar la isla el 15 de marzo, ahora con un desembarco y apoyo de fuego naval. Tomó la batería, batió a la escuadrilla de Romarate y la obligó a retirarse aguas arriba del río Uruguay. La toma de la isla fue total y signó su primera victoria al frente de la Escuadra. Dice la tradición oral que posteriormente, el 16 de junio de 1815, al nacer en Buenos Aires otra hija suya, le impuso el nombre de Martina, en recuerdo de este combate.

Pero la toma de la isla de Martín García no era una victoria definitiva. Restaba Romarate en el río Uruguay y la Escuadra de Montevideo en el Plata, que tenían capacidad para tomarlo entre dos fuegos. Por ello se envió para neutralizar al primero a una división al mando del capitán Tomás Nother, que remontó el

Instituto Browniano

Uruguay. Cuando atacó a Romarate en Arroyo de la China el 28 de marzo de 1814, éste lo esperaba en una posición favorable, ya que tenía conocimiento previo de sus movimientos. El fuego español se concentró en la capitana -la Santísima Trinidad- donde murió Nother y una decena de los suyos. La balandra Carmen fue volada por su comandante, el subteniente Pedro Samuel Spiro, para evitar que cayera en manos del enemigo, con sacrificio de su joven vida. El combate fue sin duda una derrota de nuestras fuerzas que debieron retirarse, pero Romarate, el mejor oficial del servicio naval español en el área, falto de munición, quedó embotellado en el río Uruguay, privado de cooperar posteriormente con el resto de su Escuadra, lo que dio a Brown una importante ventaja táctica.

Brown, ahora libre de peligros a sus espaldas, inició el bloqueo naval a la Banda Oriental y restó toda posibilidad de reabastecerse a la ya sitiada por tierra Montevideo, donde el hambre se hizo sentir. No hubo respuesta española a esta acción hasta el 14 de mayo, cuando el comandante español, capitán de navío Don Miguel de la Sierra, con trece buques atacó a Brown, que con ocho buques cruzaba frente al puerto del Buceo de la Luz. Nuestro Almirante fingió huir, poniendo proa mar afuera. Enablada la caza y a unas diez millas al Este de Montevideo, viró en redondo y ofreció combate, rompió la línea de buques hispanos, desorganizándola y llevándola al combate individual, que cesó al anochecer.

El 15 de mayo no pudo proseguir el combate, por causa del mal tiempo que obligó a los buques a capear. El 16 de mayo las condiciones fueron las opuestas, la falta total de viento hizo que recién por la tarde Brown volviera a entrar en acción, pasó entonces a la más velera Iratí que se incorporaba a la Escuadra y cañoneó desde ella al enemigo, del que a las doce de la noche había capturado los buques Neptuno, San José y Palomo. Durante la acción un certero disparo dio sobre un cañón de la Iratí y el rebote hirió a Brown, fracturándole una pierna. Trasladado a su Hércules y atendido allí por un médico, entablillado y desde angarillas improvisadas en su cubierta, al amanecer del 17 de mayo dirigió el reiniciado combate, ahora frente a Montevideo, que el viento fresco posibilitaba.

Al salir el sol el 17 de Mayo, saludó a la victoriosa Escuadra Patriota, la acción de Montevideo había sido contundente: capturó Brown en combate además de los tres del día anterior a la goleta De Los Catalanes, obligando a otros dos buques a varar incendiados sobre la costa y al resto a refugiarse bajo las baterías de la ciudadela. Tal fue el combate naval de Montevideo (cuyo prolegómeno fuera el del Buceo) que determinó a corto plazo la rendición de la plaza. Brown, con su reconocida modestia, no mencionó en el parte oficial su herida en combate, pero sí detalló los 500 prisioneros tomados, las naves capturadas, los heridos y los muertos.

El 19 de mayo Vigodet, comandante de la plaza, envió parlamento a Brown, proponiendo rendición, que el almirante remitió al Gobierno, por no sentirse con mandato para atenderlo. Regresó a Buenos Aires el 24, dejando en manos de su segundo -Oliverio Russell- el bloqueo. Su pierna mejoraba, pero no pudo caminar sin muletas hasta finales de julio, pese a lo cual retomó el comando en la primera semana de junio, ofreciendo al general Alvear (reemplazo del general Rondeau en el Sitio) fuerzas de desembarco en caso de necesitarlas y asistió el 23 de ese mes a la rendición incondicional de la plaza.

El botín de guerra de Montevideo fue enorme: 500 cañones, 18.000 fusiles, toneladas de munición, pólvora, pertrechos militares y navales que permitieron armar los ejércitos y naves de la Patria, para la aún larga Guerra de la Independencia. Más de seis mil quinientos prisioneros militares fueron tomados, junto con centenar y medio de buques mercantes y una veintena de naves de guerra, lo cual da una idea del resultado.

Brown recibió -como todos los oficiales participantes en la Campaña- el ascenso de un grado, pasando al de coronel de Marina. Mereció la Medalla y el Escudo de Montevideo (en oro) dictados por el Estado, y la entrega en propiedad de la fragata Hércules, como premios a sus merecimientos, los que aceptó. El 30 de julio de 1814 renunció a su cargo de Comandante en jefe de la Escuadra para volver a sus tareas navieras, lo que no le fue aceptado, siendo por el contrario designado Comandante General de Marina, cargo que desempeñó hasta octubre de 1815, en que salió a su Campaña al Pacífico.

Brown, su personalidad

Brown, al frente de la Escuadra dejó sobrados ejemplos de su personalidad, muchos de ellos asentados en su correspondencia oficial o privada y en gestos que conservó la historia. Al respecto es de destacar su libertad de pensamiento, su amplitud en la concepción del valor humano y de la persona y el respeto por los derechos personalísimos.

Rescatamos, entre otros muchos, algunas expresiones suyas ante casos específicos en esa campaña:

- El 1º de marzo en nota sobre la conducta de algunos comandantes: es indudable que a estos caballeros los habría retirado antes de ahora, si hubiese tenido otros que los remplazaran."
- El 22 de marzo, en nota a Larrea: "Te estoy sumamente agradecido a Ud y al pueblo de Buenos Aires por tan elevado concepto de mi persona, sea el éxito de esta expedición agradable o desagradable. Puedo asegurar al país en general que intervine en la misma con la firme determinación de vencer y poner fin a una guerra inútil. "
- El 30 de marzo a Larrea: "Siento infinito la muerte del Sr. Nother. Si hubiese sospechado que corrían el menor peligro los que perseguían al enemigo, no habría mandado tras él ni un solo buque."
- En igual nota anterior: " No debe perderse un momento en hacer lo necesario para encontrar comandantes. Prefiero confiar el mando a un marinero, antes que a un cobarde."
- El 19 de abril, a Larrea, dando parte de la toma de Martín García y de los muertos y heridos en la acción: "A la generosidad de S. E. recomiendo a las viudas de los primeros y a la Patria la memoria del último y de todos aquellos que cayeron al intentar destacarse en su causa contra el enemigo común."
- El 1º de mayo a Larrea, al rechazársele como agentes de presa a los que nombra: "...estimo que S.E. no tendría deseos de privarme a mí y a todos los apresadores de nombrar a quien nos plazca,

ya fuera turco, judío o infiel, que sería indiferente o debería serlo en un país civilizado, pero mucho me temo que el viejo sistema desea reinar entre los hijos como lo hizo entre los padres, consistente en excluir de cualquier beneficio a todos los extranjeros. Es posible que el señor Alzaga no sea un patriota, que es algo más de lo que me ha sido posible determinar después de una intimidad de casi tres años, pero sé, al menos, es un hombre honesto. Lo mismo acontece con el señor Billingham, que es también un buen Patriota a pesar de ser inglés y es la persona más adecuada para servir por su perseverancia y diligencia. Basta de esto, teniendo sólo que agregar que el nombramiento de amigos no debería ser la única consideración; lo esencial es encontrar y elegir dos caballeros capaces y perseverantes."

- El 2 de junio, a Larrea, pidiendo gracia para un capitán mercante preso en Montevideo: el prisionero está dispuesto a servir (aunque capitán del buque indicado) en algún barco de cabotaje de cualquier porte con tal se le diera un sueldo suficiente para atender sus necesidades o igual al que se paguen a otros. Pienso que el Sr. White podría emplearlo. Es un pobre viejo y por muy gallego que sea merece protección."
- Al zarpar para España el último representante del poder hispano en el Plata -mariscal Don Gaspar Vigodet- y encontrándose éste en la indigencia, Brown le dio 20 onzas de oro de su bolsillo, para sus gastos de viaje. Brown no había percibido aún un solo peso de su haber desde su alta, Y Vigodet era el que había ordenado el supuesto degüello de los prisioneros patriotas.
- El 9 de septiembre, al agradecer al ministro Viana la cesión a su favor de la Hércules: "Amante por sistema de la felicidad de mis semejantes, no he hecho hasta ahora otra cosa que llenar los votos de la razón y de la naturaleza, trabajando cuanto ha estado a mi alcance por la libertad de esta parte del Nuevo Mundo."

El coronel al servicio de la Marina Don Guillermo Brown era, a fines de 1814, una figura no sólo popular y reconocida por las autoridades de Buenos Aires, sino considerada necesaria para la defensa de los intereses de las Provincias Unidas del Río de la Plata en sus aguas. Por eso se lo mantuvo en el servicio activo como medida precautoria de la esperada respuesta militar española, consistente en una fuerte expedición punitiva, a fin de reimplantar el dominio de la corona en la región.

Brown: el año 1815

Brown reiteró su renuncia a la Comandancia de la Escuadra, presentada a fines de julio de 1814, cerrando su nueva nota con los siguientes términos:

"Sí por hacer un bien general, después de abandonar el pequeño negocio, casa, esposa y familia, exponiendo mi vida a cada momento, a fin de poder prestar un ínfimo servicio a este país, constituye un motivo para atraerme enemigos, ya es tiempo de que me retire, por buenas que sean mis intenciones en coadyuvar en la lucha contra un futuro enemigo."

La renuncia le fue rechazada por segunda vez, manteniéndolo al frente de una Escuadra que la paz redujo al mínimo necesario. En el lapso se le confiaron diversas tareas de responsabilidad, entre ellas la

intervención en las tratativas de acercamiento con el caudillo oriental, Don José Gervasio de Artigas. El 14 de marzo de 1815 el Director Supremo, Alvear, se dirigió a Artigas informándole que enviaba ante él a Guillermo Brown con la misión de intentar restituir la necesaria relación fraternal:

"VS. conoce bien las cualidades patrióticas que adornan a este benemérito extranjero y sabe por notoriedad los grandes servicios que ha rendido a la causa del país, dirigiendo la Escuadra que triunfó de la del enemigo..."

Esta designación fue bien recibida por el caudillo oriental, al punto que al comunicar al Cabildo de Montevideo el haber ocupado a Santa Fe, expresó refiriéndose a esta misión:

"Este suceso de la guerra y las insinuaciones que el Supremo Director de Buenos Aires Don Carlos de Alvear me promete con fecha 17 del corriente remitir cerca de mi persona al coronel Don Elías Galván y al Comandante de la Escuadra Marítima, el coronel Brown, para transar nuestras diferencias políticas, no dudo harán aparecer el día grande de nuestra seguridad y felicidad..."

El clima existente en las Provincias Unidas en 1815 y tras la caída de Montevideo, lo definió muy bien Brown cuando escribió:

"Siendo el principal objeto de esta revolución la pacificación de las provincias hermanas, cesó por consiguiente la guerra civil y el Gobierno de Buenos Aires tuvo tiempo de dirigir su atención a otros objetos: el principal de ellos fue el de promover por todos los medios posibles la Grande Obra de la Revolución Americana. Con esta mira se resolvió enviar al comodoro Brown con una escuadrilla al Pacífico a operar contra los españoles y proteger o alentar cualquier tentativa revolucionaria de los patriotas contra los españoles, mientras al mismo tiempo se preparaba otra expedición que poco después atravesó la Cordillera de los Andes bajo el comando del general San Martín y libertó a Chile del yugo colonial."

Brown, Campaña al Pacífico (1815-1816)

La amenaza de la reacción española contra la Revolución Sudamericana se agudizó al retornar al trono Don Fernando VII, con lo actuado en el Congreso de Viena y con los designios de la Santa Alianza de apoyarlo en su campaña reivindicatoria de sus dominios de ultramar. España preparó una fuerte expedición punitiva al mando del general Don Pablo Morillo, sin que estuviese definido su destino: el Plata o el Caribe. Esto obligó a reforzar la defensa local de Buenos Aires.

Pero en agosto de 1815 ese peligro había desaparecido para el Plata y varió la estrategia defensiva de las Provincias Unidas, pasando a la ofensiva, con Lima como objetivo general. Los planes sanmartinianos generaban la necesidad de acción naval en su apoyo. Se consideró la corsaria la única factible en el momento, capaz de distraer esfuerzos hispanos hacia ella, cortar las comunicaciones y alterar la paz y el dominio del Pacífico, descomprimiendo el frente del noroeste y comprometiendo sus fuerzas del Alto Perú y del Perú a lo largo de las costas, en tareas defensivas.

Instituto Nacional Browniano

A Brown se le encargó organizar una fuerza corsaria "al Mar del Sur". Esta se integró con las naves Hércules, Santísima Trinidad, Halcón y Constitución, al mando de los capitanes Miguel Brown, Walter D. Chitty, Hipólito Bouchard y Oliverio Russell respectivamente. Sin embargo, antes de que zarpara, el Director Supremo ordenó a Brown permanecer en Buenos Aires, en su cargo en la Comandancia General de Marina y resignar el mando de la expedición.

Muy distinta fue la apreciación del irlandés respecto a lo que era más importante para los intereses de la nación y al igual que San Martín en su oportunidad, desobedeció la contraorden y zarpó con la Hércules y la Santísima Trinidad el 15 de octubre de 1815. Tras escalas en la Colonia y Montevideo, por la ruta del Cabo de Hornos pasó al Pacífico seguido posteriormente por Bouchard y Russell. Este último se perdió durante una tormenta, con buque y tripulación, en aguas antárticas.

Reunidos los tres corsarios restantes al sur de Chile, en la Isla Mocha, luego de reparadas las averías y establecido el plan de acción, comenzaron sus operaciones al inicio de 1816 con el bloqueo a El Callao (20 al 30 de enero). Sobre esa plaza fuerte realizaron desembarcos nocturnos, bombardearon la costa e instalaciones, penetraron en el puerto y apresaron o hundieron buques en la zona, logrando capturar las fragatas Consecuencia (luego La Argentina de Bouchard), Gobernadora y Montañesa y hundieron a la Fuente Hermosa. Apresaron las goletas Mercedes y Carmen y al bergantín San Pablo y a una decena de embarcaciones menores. Incorporaron las presas a la escuadrilla y con estos resultados cesó prácticamente el tráfico marítimo español en la zona, capturando además prisioneros de alta jerarquía político-militar, correspondencia oficial secreta y valiosas cargas.

Previendo Brown la posibilidad de ir encontrando fuerzas en oposición a medida que transcurría su permanencia frente a El Callao, dispuso poner rumbo a Guayaquil, otro baluarte hispano. Arribados al río Guayas, lo penetró con la Santísima Trinidad y la Carmen, mientras el resto de los buques cruzaban en mar abierto. En lucha con la bajante del río y los fuertes y baterías costeras a los que fue reduciendo, se aproximó a la ciudad que bombardeó en sus riberas. Varó la Trinidad en un banco del río quedando bajo el fuego cruzado de tierra, siendo entonces abordada por fuerzas locales que triplicaban su dotación, dando comienzo a una atroz carnicería que cesó al amenazar Brown volar el buque sino se detenía el degüello. Preso con los escasos sobrevivientes, robado de su uniforme de gala (que usaba siempre en los combates), casi desnudo y envuelto en la bandera del buque, fue conducido al Cabildo para ser juzgado.

Su hermano Miguel, al conocer los sucesos, remontó el río con la Hércules y la Halcón y amenazó con destruir la ciudad si no se liberaba a los detenidos, entablándose entonces parlamento con el Cabildo, que finalizó con la libertad de Brown y los suyos mediante su canje por prisioneros españoles, el rescate por dinero de la fragata Gobernadora y la venta de otras embarcaciones menores presas.

Los corsarios abandonaron Guayaquil, se dirigieron a las Galápagos (islas Colón) donde Bouchard se separó de Brown, previo reparto de las presas. Pasó Brown a la costa colombiana con la Hércules y la Halcón y permaneció en San Buenaventura durante seis semanas, intentando establecer enlace con los

patriotas locales, obtener víveres y reparando sus naves. En esta tarea y mientras se carenaba a la Halcón, la veterana unidad se partió en dos, perdiéndose.

Desde San Buenaventura el Almirante se dirigió al Presidente de las Provincias Unidas de Nueva Granada, ofreciendo operar en conjunto:

“...y el 26 de abril arribó al puerto de San Buenaventura, desde donde tengo el placer de ofrecerme a VE y al Pueblo de las Provincias Unidas de Nueva Granada, ofreciendo al mismo tiempo mis mejores servicios, porque nada puede serme más agradable, así en los tiempos presentes como venideros, que saber que yo haya contribuido en algo por parte a obtener un objeto tan deseable como la entera independencia de la América del Sur...Uno de mis principales objetivos había sido tomar posesión de uno de los puertos de Chile para sostener la expedición que intentaban hacer los Patriotas, pero viendo el retraso que debía sufrir dicha expedición mudé de dictamen, pareciéndome le hacía más servicios cortándole a los realistas los recursos de Lima...”

La carencia de víveres y el número excesivo de tripulantes hizo dejar a un centenar de voluntarios en tierra, junto con armas y municiones, que se incorporaron a las filas rebeldes del área, donde ya operaba la vanguardia del general Morillo. Volvió Brown a las Galápagos donde se proveyó de tortugas, único alimento disponible y emprendió el regreso a Buenos Aires, con la tripulación diezmada por el escorbuto, funcionando las bombas a mano durante veinticuatro horas para sacar el agua que entraba en el casco de la sufrida Hércules. Así dobló el Cabo de Hornos matándose la última tortuga al rebalsar la Isla de los Estados y entró en el Atlántico, donde un fuerte temporal lo arrojó sobre las Malvinas, prosiguiendo luego su ruta al norte.

Su encuentro con un bergantín mercante inglés procedente de Buenos Aires le proveyó de dos bolsas de galleta y la falsa noticia de que Buenos Aires se hallaba sitiado por un ejército portugués de 10.000 hombres y que se aguardaba la llegada de una escuadra que bloquearía el Plata. Se dirigió entonces a las Indias Occidentales; arribó a Barbada el 16 de septiembre de 1816, a los 87 días de haber zarpado de las Galápagos. Entonces fue detenido por el buque de guerra inglés Brazen, cuyo comandante, el capitán de navío Stirling, con engaño, lo condujo a Antigua, donde preso, juzgado y condenado "por haber doblado el Cabo de Hornos sin permiso de la Compañía de las Indias Orientales" fue rematado a precio vil el buque y su carga y dejados libres sus tripulantes.

Brown, enfermo de una fiebre tropical que lo consumía, permaneció en cura en Antigua, mientras su cuñado entablaba demanda ante la Corte del Almirantazgo en Londres, procurando hacer valer sus atropellados derechos.

Brown, un triste período (1818-1822)

Al zarpar Brown de Buenos Aires en 1815 dejó allí a su mujer –grávida- a sus hijos Elisa (5 años), Guillermo (3 años) y Martina (1año). La sentencia de que "tras todo gran hombre hay siempre una gran mujer" se dio con creces en el caso.

Instituto Browniano

Doña Eliza Chitty de Brown vivió su drama en Buenos Aires, asistida por buenos amigos y acosada por el gobierno del Directorio. Nació en ausencia del marido su hijo Eduardo; debió vender las embarcaciones que restaban luego de su inversión para realizar la Campaña al Pacífico; trató de subsistir dignamente y requirió, al agotársele los medios, el pasaporte para viajar a Inglaterra, lo que le fue negado.

Buscó el amparo del comodoro británico en el Plata y nocturna y ocultamente embarcó a bordo del HMS Anphion y pasó de allí a un mercante inglés que la llevó -junto con sus cuatro hijos- a Londres.

Escribió antes de zarpar a su comadre, la esposa del general Don Marcos Balcarce en los siguientes términos: "Querida comadre: ... habiéndoseme negado pasaporte por el Director y no hallado aquí como mantener a mis Pobres hijos, me determiné volver a Inglaterra y arrojarme a los brazos de amigos y parientes quienes estoy cierta no me dejarán faltar nada y me asistirán en todo... Mi marido ausente, dos hermanos con él y sin saber nada de su existencia, ni tener a mi lado partido que tomar mas que el de volver a Inglaterra. El Director me ha dado a entender que si llegase a perecer Brown el Gobierno debía quedar propietario de todos sus bienes...".

Brown se reunió con su familia en Londres el 15 de junio de 1817. El pleito ante el Almirantazgo falló anulando la sentencia de Antigua, pero la corona española terció entonces como parte y se le cedió 35/66 del producido, restando 31/66 de esa suma para Brown y sus agentes, de cuyo valor tomó el gobierno porteño la mitad.

Al ser innecesaria su presencia en Inglaterra, regresó Brown a Buenos Aires, donde arribó el 23 de octubre de 1818. Detenido de inmediato y preso en el Cuartel de Agueridos situado en las proximidades de Retiro, fue puesto ante una corte marcial por insubordinación y el fiscal, teniente coronel de Marina Don Matías de Aldao pidió la pena de muerte, conforme a los reglamentos.

No alcanzó la defensa del coronel Don Mariano Benito Rolón y el tribunal militar falló en su contra, condenándolo a la última pena. El asesor y Auditor General del Estado, Dr. Don Juan José Paso, aconsejó no se diera el "cúmplase" a la sentencia, por: 11 tampoco ser un cargo depurado y líquido" el de la acusación y en atención a los servicios prestados a la Patria por el acusado.

Accedió el Director Supremo, general Don José Rondeau, y sin expedirse sobre la inocencia o no de Brown, resolvió por decreto del 17 de setiembre de 1819 sobreseer la causa, aplicando "Cédula de retiro absoluto del servicio en favor del coronel de Ejército Don Guillermo Brown, con sólo goce de fuero y uniforme."

Brown quedó en libertad de inmediato, sin haberes, embargada su única propiedad en Buenos Aires: la casa quinta de Barracas. Se alojó con un esclavo liberto suyo en la casa de su amigo Don Mateo Reid, en

la Boca, cedida en préstamo por su dueño. Pleiteó y obtuvo la devolución de su hogar recién en octubre de 1821, disponiendo entonces el regreso de su familia desde Londres.

Su estado anímico y salud de esos días lo narró su pluma en las Memorias del Corso al Pacífico:

“Llegué a Buenos Aires el 23 de octubre de 1818. El infortunado éxito de la expedición había impresionado a los habitantes por cierto en forma muy desfavorable para mi persona y fama. Al tercer día de mi llegada fui confinado en una prisión militar... y después juzgado por un consejo de guerra militar, en un proceso que duró cerca de un año hasta que se me dictó sentencia, la mas injusta que darse puede ... Estoy la injusticia de que fui víctima en Inglaterra obraron duramente en mi mente. También estaba separado de mí familia la que, quizá no tardaría en pasar necesidades y faltarle el pan. Hacía mediados de septiembre de 1819 enfermé de fiebre tifoidea. Privado de mi razón el día 23 me arrojé desde la azotea de la casa del Sr. Reíd, de tres pisos, rompiéndome el fémur y cometiendo otros actos que, espero, el Todopoderoso me ha de perdonar. Después de este accidente estuve seis meses acostado de espaldas sin poder mover un miembro ni mi cuerpo. Dios sabe lo que sufrí...”

El 7 de diciembre de 1822 regresaron a Buenos Aires Doña Eliza Chitty de Brown y sus cuatro hijos, en el bergantín Hutton al mando de Don Miguel Brown, hermano del almirante. Con la reunión familiar comenzó otra etapa en la vida de nuestro hombre, que se cortaría a fines de 1825 al estallar la guerra con el Imperio del Brasil.

Brown, algo de paz (1823-1825)

A fines de 1822 la vida de Brown volvió a sus carriles normales, con el retorno de su familia, el recupero de su hogar y la vuelta a las actividades comerciales plenas para el sustento propio y de los suyos. En sociedad con su hermano Miguel -también recuperado del escorbuto y las fiebres tropicales montó un negocio de exportación de mulas al Caribe, utilizando el bergantín de propiedad familiar Hutton, que al mando de Miguel Brown realizó una serie de viajes entre la Ensenada de Barragán y las Indias Occidentales, con carga de retorno de productos tropicales, especialmente alcoholes, comercio con el cual se sustentó la familia Brown en estos años.

La llegada de doña Eliza y sus cuatro niños, la reinstalación de la familia en la quinta, la explotación de ésta en forma económicamente rentable (casi enteramente bajo la dirección de su esposa) y el recupero gradual del antiguo prestigio popular del héroe de Montevideo, opacado adrede durante su ausencia, fue la medicina total que logró el milagro de su rejuvenecimiento.

Brown, en la Guerra con el Brasil (1826-1828)

La Banda Oriental, integrante desde siempre del sistema político del Río de la Plata, ocupada parcialmente por fuerzas portuguesas desde 1816 e incorporada como “Provincia Cisplatina” al Imperio del Brasil en 1825, resistió a esa usurpación a partir del desembarco de los 33 Orientales. Mientras se desarrollaban las operaciones militares, Lavalleja convocó un congreso en la localidad de La Florida, en

Instituto Browniano

cuya sesión del 25 de agosto de 1825 declaró ', ... que el voto unánime, decidido y constante de la Provincia Oriental es por la unidad con las demás provincias argentinas, a las que siempre perteneció por los vínculos más sagrados que el mundo conoce ...”.

El 24 de octubre de 1825, el Congreso Nacional Constituyente reunido en Buenos Aires reconoció esa declaración y así lo comunicó oficialmente a la corte de Río de Janeiro. El emperador del Brasil no hizo esperar su respuesta y el 10 de diciembre declaró la guerra e inició el bloqueo a los puertos del Plata.

Brown, en un remanso de su vida, se vio nuevamente en el ojo de la tormenta. Fue convocado por el ministro de guerra y marina, su compadre el general Don Marcos Balcarce, para asumir el comando en jefe de la Escuadra Republicana, fuerza casi inexistente compuesta de dos viejos bergantines y una docena de cañoneras en alistamiento avanzado. Su primera reacción fue rechazar el cargo. Cedió luego ante la situación y sin reproches asumió nuevamente el mando superior de la Marina, con el grado de coronel mayor, el 12 de enero de 1826, para defender la soberanía nacional en sus aguas.

De nuevo improvisar, nuevamente convertir mercantes en buques de guerra, otra vez transformar en marinos al producto de las levas en las pulperías y en la ribera...

Como San Martín en Cuyo, lo hará todo desde la carencia. Ordenó desenterrar los cañones clavados en las esquinas de la ciudad sirviendo de palenques y los puso en uso. Armó en guerra algunos buques mercantes comprados por el Estado e hizo trabajar los yunques, las carpinterías de ribera y las artesanías disponibles, y en 20 días propinó el primer golpe al enemigo en Punta Collares, donde una división se retiró del combate sin ofrecerlo a un número reducido de sus buques. A partir de allí, la epopeya...

No es nuestra intención historiar las acciones navales o militares de la contienda. Pero no podemos menos que, dadas la personalidad y el accionar de la vida que revisamos, citar algunos de sus hechos más destacados, en los que tuviera un rol protagónico.

El 26 de febrero atacó a la Colonia intentando tomarla. No recibió el apoyo coordinado con Lavalleja, que faltó a la cita. Perdió el bergantín General Belgrano y rechazado, debió retirarse con bajas. El 1º de marzo realizó un ataque nocturno a la misma plaza, incendió el bergantín Real Pedro, pero tuvo 200 bajas y perdió tres de sus cañoneras en el más sangriento combate de toda la guerra.

Durante abril realizó sendos ataques en procura de apresar buques de guerra enemigos. Atacó a la Nictheroy y a la Emperatriz, fracasando en ambos intentos.

El 3 de mayo la capitana Veinticinco de Mayo se enfrentó con las brasileñas Nictheroy y Maceió en combate sin definición, hallándose los tres buques varados.

Instituto Nacional Browniano

El 25 de ese mes, los brasileños penetraron en Balizas Exteriores (el fondeadero frente a Buenos Aires) y atacados por Brown, se retiraron siendo perseguidos mas allá de Punta Santiago.

El 11 de junio el enemigo concentró 31 buques en Los Pozos, ante los ojos de Buenos Aires. Brown, con cuatro buques y siete lanchas cañoneras, arengó a sus hombres:

¡Marinos y soldados de la República! ¿Veis esa gran masa flotante? Son 31 buques enemigos. Pero no dudéis, que vuestro general no abriga ningún recelo y espera que imitaréis a la 25 de Mayo, que será echada a pique antes que rendida. *¡Fuego rasante que el pueblo nos contempla...*

El desenlace del combate de Los Pozos fue increíble. El pueblo desde la costa, las azoteas y las torres contempló atónito cómo el enemigo se batía en retirada, ante el ataque de una fuerza a la que superaba en proporción de tres a uno...

Los días 29 y 30 de julio tuvieron lugar las jornadas de Quilmes, en las cuales, en igual o mayor proporción que en Los Pozos, buscaron vindicta los brasileños. Veintidós naves enemigas fueron atacadas por sólo siete de Brown. La 25 de Mayo, nave capitana, logró cortar la línea enemiga, seguida por la Río comandada por Rosales. Rodeado Brown y con sólo el apoyo de Rosales, enfrentó a los veintidós rivales, devolviendo andanada por andanada durante dos horas de feroz combate. Socorrido luego por ocho cañoneras, herido de gravedad el comandante de la 25 de Mayo, Tomás Espora, se retiró del combate con treinta cañonazos en su casco y cincuenta bajas, pero no rendida, haciendo honor a la señal izada al comienzo de la acción por Brown: "Es preferible irse a pique que rendir el pabellón".

Perdida la 25 de Mayo -que se hundiría en un temporal en Los Pozos la falta de buques mayores, la superioridad numérica del enemigo y el poco rédito de éste al no poder acercarse a Buenos Aires para incendiar la ciudad como habla prometido, más la eficacia muy relativa de su bloqueo, movieron a Brown a realizar un cruceo de hostigamiento al litoral marítimo brasileño, para distraerle fuerzas, cortar sus comunicaciones y llevar la guerra a su territorio.

Con las Sarandí y Chacabuco, perseguido y no alcanzado por una división enemiga lanzada tras el, fue del Plata a Río de Janeiro y desde allí a Montevideo, en operaciones entre el 26 de octubre y el 25 de diciembre de 1826, tomando ocho presas mayores, otras tantas menores, combatiendo con buques de guerra brasileños, efectuando desembarcos y paralizando el tráfico marítimo en aquella región.

Regresó en secreto a Buenos Aires en la Navidad de 1826 y zarpó de mediato para iniciar la Campaña del Juncal, cuando la Tercera División Imperial se introdujera en el río Uruguay con la misión de insurreccionar a las provincias del litoral y especialmente a Entre Ríos aprovechando el malestar producido por la Constitución unitaria de 1826.

Esta campaña, desarrollada entre el 26 de diciembre de 1826 y el 30 de marzo de 1827, incluyó los combates de Yaguary (29 y 30 de diciembre), Playa Honda (18 de enero), las dos jornadas del Juncal (7 y 8 de febrero), la presencia de Brown en Gualeguaychú para recuperar naves brasileñas allí refugiadas y la acción frente a Quilmes del 24 de febrero, encuentros que produjeron la destrucción y captura total de dicha Tercera División, la prisión de su comandante, capitán de fragata Don Jacinto Sena Pereira, además de abortar el pretendido e iniciado alzamiento provincial. Fue ésta la única oportunidad de Brown en la guerra, en que pudo enfrentarse a su oponente en paridad de fuerzas, cuantitativamente hablando y obtuvo en ella uno de sus mayores triunfos, por el que fue premiado por la República con el Escudo de Oro del Juncal.

En permanente actividad para no dar respiro al enemigo, inició un nuevo crucero sobre las costas brasileñas, con cuatro buques que zarparon de Buenos Aires el 6 de abril de 1827, a los que debían sumarse dos más salidos de Carmen de Patagones. Detectada por el oponente que bloqueaba el área, la división porteña navegó para eludirlo próxima a la costa y en ese rumbo de compromiso, vararon dos de sus naves en el banco de Santiago y una tercera -la Congreso- volvió a Buenos en malas condiciones. Atacaron los brasileños con 19 buques en la madrugada del 7 de abril a los buques varados y en combate que duró dos días y agotó sus municiones, se perdieron el República y el Independencia; muriendo en la acción Francisco Drummond y 56 tripulantes, perdió su brazo izquierdo Guillermo Granville, fue herido en su costado el almirante Brown y hubo otras 124 bajas entre heridos y prisioneros.

Los brasileños tuvieron 200 bajas -según el historiador inglés Warden- y nueve buques muy maltratados. Este fue el combate de Monte Santiago, una honrosa derrota de Brown y su última participación activa en combate protagónico durante la guerra. La Sarandi, con veinte cañonazos en su casco, consiguió entrar de regreso a Buenos Aires sin ser molestada.

La guerra se agotó en ambos bandos. La primera convención de paz firmada por el ministro argentino Manuel J. García y el Marqués de Queluz por el Brasil (mayo de 1827) fue rechazada por Rivadavia, que renunció a la presidencia de la República el 27 de junio. El Congreso General Constituyente se disolvió en agosto, y nombrado el coronel Don Manuel Dorrego gobernador de la Provincia de Buenos Aires, cesó el sistema presidencialista, siendo designado Dorrego, por delegación de las provincias, director de la guerra y encargado de hacer la paz, tarea que encomendó a los generales Don Tomás Guido y Don Juan Ramón Balcarce, enviados a Río de Janeiro al efecto.

Acordada la paz, se designaron al coronel mayor de Marina Don Guillermo Brown y al brigadier general Don Miguel de Azcuénaga para el canje del tratado, acto que se cumplió en Montevideo, el 4 de octubre de 1828.

Brown, el hombre durante la guerra

Brown tenía cuarenta y nueve años y medio al inicio de la guerra. Su salud recobrada en parte en la tranquilidad hogareña; mantenía su cojera adquirida en Montevideo que lo obligaba al uso permanente del

Instituto Browniano

bastón. Las acciones iniciales del conflicto lo rejuvenecieron y permitieron cumplir sus funciones sin desmedro, con largos períodos de embarco durante las operaciones y campañas de la contienda.

Luego de la jornada de Los Pozos, librada a la vista de la ciudad y al desembarcar victorioso, fue recibido en triunfo por el pueblo que lo vivaba. En la actual calle Rivadavia, la niña Carmen Somellera colocó una corona de mirtos en su cabeza. Días mas tarde, las damas porteñas le regalaron una bandera Argentina, de seda, con dos ramos de laureles bordados en oro y la fecha 11 de junio, la llamada "Bandera de Los Pozos" que recibiera de manos de doña Mariquita Sánchez de Thompson, reliquia conservada en parte en el Museo Histórico Nacional.

La recepción a su regreso del juncal fue apoteótica: el pueblo desenganchó los caballos de su carruaje y lo condujo del muelle a su domicilio tirando de sus varas, en triunfo. Narró un testigo presencial que el almirante, en su "castellano monosilábico" al decir de Don Vicente Fidel López dijo al cochero: "Ya que no hay otro remedio, toma tu gusto 11 aconsejándole luego: "Torna bastante cuidado y camina derecho", frases festejadas con vítores a su persona y mueras a los portugueses, por los que tiraban del vehículo.

Luego del juncal, comenzó a ser llamado, primero familiarmente, luego en forma oficial, "el Bravo General Brown " Así lo nombró la hoja suelta lanzada por la Imprenta del Estado con el parte de los días 7 y 8 de febrero de 1827; así designó el gobierno a la batería que emplazó en Punta Lara en 1829 y así figura la actual avenida Martín García en los planos de la ciudad posteriores a ese año.

Abandonó como residencia familiar su casa quinta, para alojarse en la no muy lejana propiedad de su amigo Don Mateo Reid, situada en las actuales Paseo Colón y Martín García, fuere por contar ésta con un mirador o tercer piso desde donde otear el río y la posición de las naves bloqueadoras, fuere por las amenazas que a su vida diera el descubierto plan brasileño para asesinarlo.

En esa casa vivió el trágico 27 de diciembre de 1827, al desembarcar y encontrar a su hija Elisa ahogada en el antiguo brazo del Riachuelo, la que fuera novia del valiente Drummond, muerto en el combate de Monte Santiago. Allí curó de la herida recibida en igual combate, cuando una "bala fría" del cañón enemigo rozara su costado izquierdo, fracturándole algunas costillas, cuyo impacto fue atemperado por el grueso uniforme de gala que lucía en las batallas y unos papeles que guardaba en un bolsillo interno.

La popularidad de Brown, adquirida durante sus campañas de la Guerra de la Independencia, el Corso al Pacífico y la del Brasil fue tal, que se convirtió en el personaje más popular de Buenos Aires, lo que no es un decir aventurado, sino hecho comprobado por la siguiente práctica: advenido el arte de la litografía con la instalación del taller de Hipólito Bacle e impresa una serie de las figuras de hombres del gobierno y de armas de la época, debieron imprimirse ante la demanda, 2.000 ejemplares de las de Brown, las que fueron totalmente vendidas, mientras que las del resto no excedieron los 500 ejemplares cada una.

Lograda la paz, alcanzó Brown el máximo grado del escalafón militar al ser designado brigadier general y mostró en ese momento una de sus características: *"su humildad en el esplendor de la Gloria..."* Al agradecer su ascenso al Ministro de Guerra y Marina, dijo en su nota:

Habiendo concluido la guerra, que debiendo por lo mismo la fuerza naval recibir una nueva forma, cree el abajo firmado más innecesaria su persona en ella que antes, por lo que ruega se le dé por separado del Servicio de la Marina. La sangre y la vida del que suscribe son del Estado, si en otra ocasión las reclamase éste, con el mayor alborozo se apresura en volver al Señor de tan dignos valientes compatriotas. Más entretanto de sea contemplar en la vida privada las glorias de la Patria...

Brown, gobernador delegado

El coronel Don Manuel Dorrego, gobernador de Buenos Aires, fue derrocado por el general Don Juan Lavalle durante el motín del 1º de diciembre de 1828. Dorrego marchó hacia el interior convocando fuerzas federales para retomar el poder y Lavalle decidió enfrentarlo con sus tropas veteranas, para lo cual necesitó un gobernador delegado -o sustituto suyo- especialmente en el ámbito de la capital provincial.

Brown, ascendido a brigadier general y ya en retiro, fue su elegido por una serie de razones, las más poderosas sin dudas: su conducta intachable, su proverbial honradez, su falta de bandería política y por sobre todo, su enorme y bien sentada popularidad.

Asumido por Brown el mando de la capital, se enfrentó de inmediato con el drama que finalizaría en Navarro, el 13 de diciembre de 1828, al fusilar allí Lavalle al prisionero coronel Dorrego. Era éste amigo personal del almirante, y preso, le escribió pidiéndole su intermediación. Brown se dirigió a Lavalle solicitando clemencia para el detenido y esbozando un plan de destierro para el preso. Pudieron más las cartas conservadas -de Juan Cruz Varela (la famosa que dice "cartas como éstas se rompen") y de Salvador María del Carril (anónima, pero de su letra) que pedían la "cabeza de la Hídra", como llamaron a Dorrego.

Brown hizo lo imposible por detener, a través de Díaz Vélez y Alvarez Thomas la máquina de la muerte armada por aquellos. Lavalle, reconociéndose único responsable de su crimen, escribió a Brown: "Sólo la carta de VE. puede haberme hecho trepidar largo rato, por el respeto que me inspira su persona. Yo mi respetado general, en la posición en que estoy colocado, no puedo tener corazón..." El "crimen de alta traición contra el Estado", como lo calificara la Convención Nacional de Santa Fe, estaba ya consumado.

Brown renunció al cargo al noticiarse del suceso. No le fue aceptada la renuncia, que retuvo el almirante ante la guerra civil iniciada. El 7 de enero arribó el general Don José de San Martín desde Inglaterra y así opinó sobre Brown: Tor los papeles del janeiro... igualmente he visto el (nombramiento) del general Brown de gobernador provisorio, yo no tengo el honor de conocerlo, pero como hijo del país me merecerá siempre un eterno reconocimiento por los servicios tan señalados que ha prestado." (Carta a Díaz Vélez, de esa fecha).

Volvió a renunciar Brown el 3 de mayo de 1829, cuando creyó cumplida su tarea. Dijo entonces: "VE. y todo ciudadano tienen pruebas auténticas de que cuando fue necesario combatir a los enemigos de la República, he llenado los deberes del soldado y nunca he evitado fatigas ni peligros. Entonces podía yo dar a mi pueblo de adopción el triunfo de mis pocos merecimientos; pero ahora que me he encontrado fuera de la esfera de mis talentos y soportando una carga que no puedo aguantar, sería contrariar mi deber y traicionar mi conciencia no solicitar vivamente a VE. que me permita renunciar a la honorable situación que ahora tengo."

Y agregó en su posición de siempre: "...la capital requiere un gobernador más hábil y yo sin rubor confieso mi incapacidad para ese propósito". La renuncia le fue aceptada y volvió a su hogar de Barracas, retornando a su vida privada y sencilla. Fue malamente acusado de haber intervenido en el crimen de Navarro, en folleto impreso en Inglaterra y distribuido profusamente en Buenos Aires. Se defendió con la conciencia tranquila del inocente. Asistió de gran uniforme a las exequias de Dorrego en Buenos Aires y el pueblo nunca lo acusó de su conducta en el caso ni en el desempeño de sus ocasionales funciones políticas, manteniéndolo en su corazón como su héroe naval por excelencia.

Brown, nuevamente en familia

Desde su renuncia como gobernador delegado, hasta el 30 de septiembre de 1838, cuando con autorización de Rosas fuera designado comandante en jefe de las fuerzas navales de la República Oriental del Uruguay a órdenes directas de su presidente, el brigadier Don Manuel Oribe, no desempeñó Brown cargo militar alguno.

Vuelto a la vida privada el 4 de mayo de 1829, se ocupó de las tareas de la quinta de Barracas y del control de sus propiedades en la Colonia, éstas bajo la administración eficiente de su empleado y compatriota, Don Miguel Hinnes, restándole tiempo para cumplir con ciertas obligaciones sociales que le imponía su grado de brigadier general, las que seleccionaba con criterio propio.

Así concurrió de uniforme al acto de la asunción de Don Juan Manuel de Rosas a la gobernación de Buenos Aires el 8 de diciembre de 1829, pero no integró las guardias de honor en su homenaje, costumbre implantada a partir de marzo de 1835.

Fue designado a fines de 1829 integrante del directorio del Banco Nacional e investigó allí la pérdida de valores por cien mil pesos, en moneda papel impresa en Londres, hallados varios años después en una caja fuerte fuera de uso.

Presente de gran uniforme en los Te Deum que a partir de 1831 se realizaron en la catedral; Asistió a las procesiones de Corpus y de San Martín llevando el palio en más de una oportunidad y concurrió con

regularidad a la misa dominical en San Telmo o en las Catalinas, convento en cuya escuela fue alumna su hija Martina y que lo contó entre sus benefactores.

Un rasgo suyo de gran desprendimiento lo tuvo con su compadre, el general Don Ignacio Alvarez Thomas, cuando emigrado al Uruguay por razones políticas durante el gobierno de Rosas, le cedió gratuitamente y por diez años el uso de parte de sus propiedades en la Colonia, préstamo que usufructuó hasta 1836, cuando debió emigrar al Brasil.

Al morir en julio de 1835 el coronel de marina Don Tomás Espora, arribó tardíamente a su velatorio. Hizo en ese momento desclavar el féretro ya cerrado, abrazó a su subordinado y dejó para la historia la sentencia: "Considero la espada de este valiente oficial una de las primeras de América. Lástima que haya pertenecido a un país que no sabe valorar a sus héroes."

Irlandés de alma, concurrió los días de San Patricio, patrono de su patria -17 de marzo- y aniversario de la toma de la isla de Martín García, a su misa y a los festejos locales de una colectividad que por sus títulos encabezaba.

Su biógrafo, Don Héctor R. Ratto, nos dice que ofreció sus servicios al Estado, al consumarse el robo inglés de las Islas Malvinas. No hemos hallado documento ni gacetilla periodística del hecho, del que no dudamos aunque señalamos no estar documentado.

Los periódicos de época lo nombran siempre presente en los entierros de los hombres públicos, de sus amigos y de sus subordinados, acto social que cumplía rigurosamente. En lo estrictamente familiar, sufrió la angustia del naufragio del buque que transportaba a Inglaterra, en 1830, a su mujer e hijos Martina y Eduardo y la alegría posterior de saberlos sanos y salvos en la costa norte brasileña.

Casó a su hija Martina en Buenos Aires, en mayo de 1834, con el comerciante Don Federico Reiricke y a su hijo Guillermo en Montevideo, en octubre de 1837, con la señorita uruguaya Angélica Celedonia Blanco.

Tenía 61 años en aquel 1838, y su aspecto respondía entonces al retrato literario de López: "...tenía una figura de un conjunto varonil, con detalles bien proporcionados. El pecho era ancho y la musculatura consistente. La cabeza y el rostro formaban un óvalo perfecto, con las mejillas un poco pendientes y sueltas a los lados de la boca. La fisonomía tenía un aire ingenuo y tranquilo; demostraba un carácter firme, pero sin nada de estudiado que recelase en él la consecuencia o el recuerdo de las hazañas que era capaz de realizar en cualquier momento." "Los que lo habían visto en los combates, referían que asimismo templado y risueño se conservaba en lo mas rudo del conflicto y que su única emoción se traslucía por un relámpago fosfórico y vigilante de las miradas. Sus ojos llamaban en efecto la atención: eran bastante chicos, englobados en los tejidos blandos de las cajas y húmedos, como si nadaran en un líquido cristalino con reflejos de sangre, parecidos a los de un tigre..."

Este era el hombre que se hallaba pronto a comenzar la última etapa de su vida activa, al servicio de la Nación Argentina.

Brown, Comandante en Jefe de la Armada Uruguaya

El 30 de septiembre de 1838, Brown fue designado por decreto del presidente de la República Oriental del Uruguay, D. Manuel Oribe, brigadier general de la Marina de dicha república, para desempeñarse como comandante en jefe de su Escuadra, ello con autorización del gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Don Juan Manuel de Rosas.

Poseía Brown tierras en la Banda Oriental, intereses económicos diversos, lazos familiares por el casamiento de su hijo Guillermo y los antecedentes gloriosos de la Campaña de Montevideo y de la Guerra con el Brasil. No era pues un advenedizo en la patria a la que daba sus servicios y donde se lo designaba comandante en jefe de una fuerza naval inexistente y cuya organización de él se esperaba, como tarea inicial.

La presencia de una fuerte fuerza naval francesa en aguas uruguayas, al mando del almirante M. Louis Leblanc, que apoyaba la revolución triunfante del general Don Fructuoso Rivera contra el poder constituido de Oribe, produjeron la renuncia de Brown, en enero de 1839, no deseoso de intervenir en la guerra civil en el país que por dos veces había ayudado a liberar del extranjero.

Rivera en el poder, se alió por un tratado con Francia y declaró la guerra a la Confederación Argentina en marzo de 1839, apoyado en un todo por el almirante Leblanc y su escuadra. Se sucedió el bloqueo a Buenos Aires por los franceses, la toma de la isla Martín García en combate (octubre de 1839), depredaciones al comercio fluvial y sucesos menores, que puso fin la Convención Arana-Mackau, en octubre de 1840. Eran los tiempos del rey Luis Felipe de Francia, cuando sus fuerzas colonialistas, además de los atropellos cometidos en el Plata, agredían a sangre y fuego a América Central.

Brown, Comandante en Jefe de las Fuerzas Navales de la Confederación

De regreso en Buenos Aires en febrero de 1839, Brown se mantuvo en su hogar durante parte de bloqueo francés, que duró 942 días, atendiendo sus asuntos comerciales y domésticos.

El 18 de julio de 1840 recibió el título correspondiente a seis leguas de tierras públicas, acordados en cumplimiento de la ley de 1839 y "...en premio de sus servicios y fidelidad al juramento santo de nuestra Independencia, a la sagrada causa de nuestra Confederación, de nuestra Libertad, de nuestro honor, de nuestra dignidad y de la de América." No usufructuó nunca esas tierras, ni las vio en su vida y fueron transferidas a su muerte por su mujer, para pagar deudas al sastre del almirante.

Instituto Nacional Browniano

La declaración de guerra a la Confederación, por parte de Rivera, se mantenía latente. Los emigrados argentinos en Montevideo, apoyados por Francia, junto con fuerzas orientales proseguían las operaciones militares, después del levantamiento del bloqueo. Rosas decidió entonces aplicarlo a Montevideo; formó una escuadra y la puso en manos del nuevamente convocado almirante Brown, el que asumió el cargo el 3 de febrero de 1841, cuando se acercaba a los sesenta y cuatro años de edad.

Rivera, por su parte, designó a Juan H. Coe, antiguo capitán de bandera de Brown, como jefe de una escuadrilla que formó con el aporte francés, enfrentándose ambas formaciones en aguas del Plata, en cuatro oportunidades durante 1841, con distintos resultados.

El 24 de enero de 1841, frente a Montevideo, Brown venció a Coe y lo obligó, con daños, a refugiarse dentro del puerto, con la pérdida de la goleta Palmar que se pasó a las filas argentinas. El 3 de agosto, a 8 kilómetros de Montevideo, se enfrentaron ambas escuadras, sin definición, pero perdió Coe la goleta Rivera por colisión al tomar puerto. El 9 de diciembre, a 25 kilómetros de Montevideo, Coe atacó a Brown que bloqueaba el puerto y volvió a perder otro buque -el Cagancha- que fue llevado a Buenos Aires. Por último, el 21 de diciembre una nueva escaramuza sin definición, selló el destino de Coe y su escuadrilla, que fue disuelta por orden de Rivera.

En 1842 el italiano José Garibaldi asumió el mando de una fuerza naval de Rivera y se dirigió por el río Paraná a Corrientes, en apoyo a la rebelión de esa provincia contra Rosas. Luego de dos acciones menores -frente a Martín García y en la Bajada del Paraná- remontó Garibaldi el río haciendo varias presas mercantes. Perseguido por Brown y vencido el 15 de agosto en Costa Brava, debió huir por tierra hacia el norte, perdiendo sus buques.

En 1843 dispuso Rosas el bloqueo a Montevideo, que cumplió Brown, al par que el Brigadier Oribe sitiaba a la ciudad por tierra. Inglaterra desconoció el bloqueo y el comodoro Purvis y su escuadra se ocuparon de suministrar víveres a la ciudad sitiada. El bloqueo fue levantado parcialmente por la presión anglo-francesa y reimplantado a partir de junio, al ser desautorizado Purvis por el gobierno británico.

Las acciones terrestres de la guerra favorecieron a la Confederación y el general Don José María Paz, jefe unitario de la sitiada Montevideo, renunció a su cargo y se asiló en Río de Janeiro.

En abril de 1845 llegó al Plata el ministro inglés Roberto G. Ouseley y en junio el barón francés de Defaudis. Entre ambos exigieron a Rosas el abandono del territorio oriental y el cese del bloqueo. Ante su negativa dispusieron el robo de la escuadra Argentina, orden que cumplieron los almirantes F. H. Inglefield y M. Lainé el 2 de agosto de 1845, al apresar a Brown y seis buques argentinos de guerra de la escuadra a su mando, situación a la que se arribó luego de una serie de incidentes creados ex profeso por navíos de guerra franceses, ingleses, norteamericanos, brasileños y hasta sardos, todos comprometidos en una u otra forma en la contienda colonialista anglo francesa de la región.

Brown, con órdenes reiteradas por escrito de no escalar el conflicto bajo ningún concepto y de no proceder -aún ante el ataque- sin explícitas directivas para cada caso en particular, acató con sumo dolor esas órdenes y cumplidas, abandonó el servicio naval, ahora para siempre, dejando para la historia su parte de los hechos, en el que expresó:

"Tal agravio demandaba imperiosamente el sacrificio de la vida con honor, mas también, la subordinación religiosa a las Supremas órdenes del Exmo. Sr. Gobernador y Capitán General de la Provincia, comunicadas por el Ministerio, para evitar la aglomeración de incidentes, que complicasen las circunstancias pudo resolver al que firma, para arriar a un Pabellón, que por 33 años de continuos triunfos, ha sostenido con toda dignidad en las aguas del Plata..."

Algo más grande que su vida en combate ofrendó a la nación a la que servía el entonces viejo almirante de 68 años: su dignidad y honor de soldado. Esas virtudes que Alfredo de Vigny, el poeta francés delineó sabiamente: el honor es el pudor viril. Siempre y por todas partes mantiene, en toda su belleza, la dignidad personal del hombre. "

Preso en un buque de guerra inglés, se le prometieron honores, fortuna y cuanto pidiera si se plegaba a la lucha en favor de los unitarios, lo que rechazó indignado. Su respuesta acerca del lugar donde deseaba ser conducido fue breve: "Mi destino será siempre donde tremolara el pabellón argentino". Regresado a Buenos Aires en el vapor de guerra Fulton, recibido en el puerto con los honores de ordenanza por los buques extranjeros allí surtos, se encerró en su quinta de Barracas: su carrera naval había terminado.

En un estado anímico próximo a la desesperación -que narró sin entenderlo el entonces emigrado político Ignacio Alvarez Thomas: "Lo visité en la rada, antes de su partida, convenciéndome del estado de desorganización mental en que hallaba mi buen compadre y amigo"- condiciones que no impidieron el rechazo de nuevas tentaciones que le llevaba, si elegía radicarse en Montevideo. Así, fiel a su conducta de siempre, fue el almirante en el momento más crucial de su vida.

Brown, el hombre, entre 1838 y 1845

La vuelta a la actividad naval produjo en Brown su inevitable contacto con la realidad política de la Confederación Argentina, de la que como no nativo, se había apartado prudentemente.

Supo siempre dirimir entre lo partidario y lo oficial, y fueron raros gestos los suyos, en una época en que abundaron la adulación sin límites o el rechazo total hacia el gobierno y especialmente a la figura de Don Juan Manuel de Rosas, extremismos ambos y como tales reñidos con la sensatez y la cordura necesarios en tales casos.

Instituto Nacional Browniano

No asistió a los funerales de Doña Encarnación Ezcurra de Rosas, esposa del Restaurador, pero saludó al cañón, donde se encontrara, los cumpleaños de Rosas. No obligó el uso de la divisa federal a sus subordinados, pero la llevó -pequeña y reglamentaria- en sus uniformes. Al enterarse, bloqueando Montevideo, de la muerte del emigrado brigadier general Don Martín Rodríguez, le rindió honores póstumos en sus buques, olvidando o fingiendo hacerlo, que se trataba del presidente de la "Comisión Argentina" -unitaria- en esa ciudad.

Estas y otras posturas fueron comunicadas a Rosas por sus adulones y aceptadas por éste como "cosas del viejo Bruno", como lo llamó castellanizando el sajón Brown. Un código exclusivo de respeto mutuo regló las relaciones entre ambos hombres, que no quebraron ni el tiempo ni las circunstancias. Tal vez quien mejor haya expresado, por observación directa, esas relaciones haya sido el general Paz, en sus Memorias póstumas, al escribir:

"Cuando tomó servicio con Rosas, fue cuando el bloqueo francés; a nadie admirará que un inglés se alistase en bandera opuesta a sus enemigos tradicionales. Después combatió contra el Estado Oriental, que estaba en guerra con la República Argentina, o contra Rosas, si se quiere; mas en su calidad de extranjero y de argentino adoptivo en su limitado alcance político, no es de extrañar que no llegase a esas distinciones, que a los demás nos habían puesto las armas en las manos, asociándonos a los orientales. El no veía más que la bandera de la patria de su adopción y otra que le era contraria".

.....
"Jamás cometió Brown actos de crueldad y antes por el contrario, manifestó decidida aversión a ellos, sin que Rosas lo reprobase ni se los exigiese como lo hacía con todos sus generales "

Que tuvo cierta influencia sobre el Restaurador -o sobre su hija que en la materia actuaba de intermediario lo confirman las numerosas cartas conservadas solicitándole intercediera ante aquél, en distintos tópicos que van desde las de familiares de presos por ser "federales tibios" y hasta por "haber servido en las filas de Lavalle", a la de reabrir una escuela no Católica Romana," aunque cristiana..."

Brown, buen jinete, solía ir a caballo o en coche a Palermo en ocasión de recepciones del Restaurador. Así el 12 de diciembre de 1842, al festejar Rosas el triunfo de Arroyo Grande (combate en que Oribe aniquiló a Rivera) intervino en una cabalgata a la residencia de San Benito y Rosas prestó su poncho de vicuña al almirante para su regreso nocturno a Barracas.

En lo familiar, fueron los Brown abuelos en este lapso y los hijos e hijas de Guillermo y Martina alegraron su quinta de Barracas. Se conserva una carta de la abuela Eliza en que pide al almirante le haga fabricar a su nieto un "barquito o algo así" por el carpintero de su buque y lo traiga a su regreso, "para que el joven monito se vuelva loco de alegría La poca correspondencia familiar conservada tiene un tinte doméstico y tranquilo, pese a los riesgos del almirante en la guerra, los largos tiempos de embarque durante los bloqueos (algunos hasta superiores al año sin bajar a tierra) y la pretendida locura" de éste por personajes interesados en ella o por quienes no lo conocieran en vida, ni estudiaran a fondo su existencia...

Incorporó Brown a la escuadra a su hijo menor -Eduardo- que comandó el 9 de Julio y sería el jefe de la batería con el nombre de su padre en el combate de la Vuelta de Obligado. Las relaciones oficiales de

padre e hijo en la profesión no torcieron la conducta del almirante: fue Eduardo un subordinado más, en las exigencias del servicio a bordo. Castigado por un incidente provocado frente a Montevideo por un buque de guerra norteamericano, sufrió Eduardo la prisión correspondiente y cumplida la pena impuesta por el Restaurador, regresó a bordo y se mantuvo en el servicio hasta su temprana muerte

Las relaciones oficiales entre el gobierno y Brown fueron más que cordiales. Se produjeron frecuentes visitas de Manuelita Rosas a bordo de la escuadra, escoltada por personajes políticos y militares. Recibió el almirante, a su regreso de su victoria en Costa Brava, una apoteosis no usual: asados con cuero populares en la Alameda, banquete en la Capitanía de Puertos, salvadas del Fuerte, bandas militares que seguían su carruaje en el que Brown, sentado en medio de su mujer y Manuelita se trasladó por la tarde a Palermo, donde Rosas lo obsequió con cena y baile.

Luego del "robo de la Escuadra", estas relaciones oficiales se enfriaron notablemente, pero no ocurrió lo mismo con la consideración del pueblo porteño, siempre fiel hacia su almirante. Brown continuó revistando en actividad por orden de Rosas, pero sin cargo efectivo en la Armada ni en el -Estado, situación que se mantuvo hasta Caseros.

Brown, hacia la gloria (1846-1857)

Brown se mantuvo en su quinta de Barracas durante todo 1846, sin mayores manifestaciones sociales fuera de un cerrado círculo de viejas amistades. En 1847 se casó su hijo menor Eduardo con Margarita Fitton, hija de un antiguo subordinado suyo, y a continuación obtuvo permiso y viajó a Irlanda e Inglaterra en visita familiar que insumió, entre traslados y estadía, un año y medio, regresando en enero de 1849. No fue muy oportuno el viaje, pues arribó a su patria durante una de esas grandes hambrunas que periódicamente sacudían a Irlanda; no pudo entrevistarse con la totalidad de su familia y tuvo un regreso accidentado, en un buque mercante con mortandad de pasajeros y cuarentenas en Río de Janeiro y Buenos Aires.

Disfrutó en 1850 una pequeña reparación a su honor de marino: la devolución de las naves que le fueran robadas en 1845 por los anglo franceses, pero no asistió -invitado o no- al acto de su recepción en Buenos Aires. Ese año se consternó con la noticia de la muerte del Libertador general Don José de San Martín, arribada al Plata el 9 de noviembre y asistió al funeral dado en la Catedral por su alma.

El pronunciamiento de Urquiza contra Rosas y la posible guerra con el Brasil no enturbiaron su paz hogareña, donde lo halló Caseros y los hechos derivados del fin de Rosas. Fue el único oficial general que no se halló presente en la entrada triunfal de Urquiza a Buenos Aires, el 20 de febrero de 1852. Encabezó la lista de todos los oficiales de Marina dados de baja el 1 de marzo de aquel año, si bien al día siguiente se lo reincorporó con el grado de brigadier general, salvando un aparente error administrativo.

Instituto Browniano

Durante 1853 y 1854 escribió, a pedido de Don Bartolomé Mitre, su "Memorando de las operaciones navales de la marina de la República Argentina desde el año de 1813 hasta la conclusión de la paz con el emperador del Brasil en el año de 1828...", redactado en tercera persona, pieza básica de la historia naval Argentina, que lejos está de tratarse de sus "Memorias..." como algunos las nombran. Escritas en pulido inglés fueron traducidas al español por el coronel Don José Tomás Guido, en vida de Brown y a su pedido, estableciéndose entre ambos un vínculo cordial que produjo, como corolario, una biografía sintética del Almirante escrita por Guido, tal vez la más veraz y completa en su estilo.

Al repatriarse los restos del general Don Carlos María de Alvear, fallecido en los Estados Unidos, solicitó y obtuvo el honor de comandar el buque que los condujera desde Montevideo, último homenaje que rindiera a su superior militar en las campañas de 1814 y 1826/28. También al fallecer el general Don José María Paz en 1854, encabezó Brown la comisión oficial que velara sus restos, última tarea que registra su larga foja de servicios.

El 31 de diciembre de 1854 murió su hijo Eduardo, dejando a su joven viuda sin hijos y en digna pobreza. Negada en principio la pensión militar, le acordó Brown, en carta plena de amor filial, una suma mensual de su bolsillo, aporte que continuó su hija Martina, a la muerte de su padre.

Lo golpeó duramente esta muerte. Su hijo menor, subordinado directo en su última campaña, su confidente durante las inexplicables y largas jornadas de la intromisión extranjera en el Plata, su apoyo en los días del bloqueo a Montevideo, su continuador en la Armada, era su esperanza en esos momentos finales, como lo era su hija Martina en la administración de su correspondencia y documentos.

Se fue apagando de a poco, rodeado del amor de su valiente mujer y de su hija Martina -ahora viuda- y las hijas de ésta, ausente Guillermo y su familia, residentes en el Uruguay.

Visitado frecuentemente por los pocos antiguos subordinados que lo sobrevivían, transcurrieron sus dos últimos años de su vida. Mitre, su visitante de entonces, nos narró con su pluma romántica esos días finales en la "kinta" de Barracas, entre sus árboles y frutales, en caminos sombreados que recorriera con el Almirante, "albergue pintoresco y apacible" para su óptica, como fuera "castillo tenebroso" para la de otro visitante contemporáneo, que así deforma la visión la ideología o el preconcepto.

Y el 3 de marzo de 1857 falleció en ella, su hogar argentino en un Buenos Aires que lo amó y lo ama. El capellán de los irlandeses en Buenos Aires, su confesor y amigo, informó de los últimos momentos y de su muerte al gobierno: "...él esperaba con la dignidad y serenidad más completa su última hora y entregaba su alma en manos del Creador, poseído de la ilimitada confianza en la misericordia divina. El fue, señor Ministro, un cristiano cuya Fe no pudo conmovér la impiedad; un patriota cuya integridad la corrupción no pudo comprar y un héroe a quien el peligro no logró arredrar..."

Instituto Nacional Browniano

En su entierro -presente en él todo Buenos Aires- pronunció Mitre su mejor pieza oratoria, la que dice: "Brown, en la vida, de pie sobre la popa de su bajel, valía para nosotros una flota. Brown, en el sepulcro, simboliza con su nombre toda nuestra historia naval..."

En su luto, se unieron acordes en el homenaje la Confederación Argentina y el entonces disidente Estado de Buenos Aires, hermanados para rendirle el merecido tributo a su memoria.

De la larga colección de escritos y discursos en su recordación y homenaje, rescatamos parte de aquél que más acertado nos parece en su síntesis, el del Dr. Don Benjamín Villegas Basavilbaso, en el primer centenario de su muerte:

"Su coraje y honradez le dieron autoridad moral. Su vida pública y privada está limpia de máculas. Pagó con usuras su tributo a la flaqueza humana. No fue un santo sino un hombre. A cien años de su tránsito, sus faltas y sus yerros desaparecen ante la magnitud de sus hazañas... Ha dejado un ejemplo de dignidad, de valor, de desinterés, de abnegación y de sacrificio."

De ese hombre, en su cabal dimensión de tal, hemos querido mostrar su vida, desconocida casi en una Nación que tanto le debe.



SECRETARÍA DE CULTURA DE LA PRESIDENCIA DE LA NACIÓN

INSTITUTO NACIONAL BROWNIANO

Av. Alte. Brown 401 | C1155AEB | Ciudad Autónoma de Buenos Aires
República Argentina | Tel./Fax: (5411) 4362-1225 | Correo electrónico: info@inb.gov.ar